

tando sujeta la incauta juventud á padecer muchos , y deplorables engaños en este punto. Por esto es necesario caminar con circunspeccion para no encender fuego donde todavía no le hay ; pero luego que los jóvenes han de entrar en el tráfico del gran mundo , y aun antes de esto si llega á transpirarse , que ó la compañía de sus iguales , ó la malicia que se adelantó á la edad los haya sacado del camino de la inocencia , y natural tranquilidad , será mejor por lo comun el darles alguna noticia , aunque vaga , de este furioso apetito , y de sus funestas consecuencias ; haciéndoselas ver en los exemplos de otros muchos , que jamas faltan , para que conciban miedo , y horror , y puedan si quisiesen aprender de las locuras de otros , á no ser locos tambien ellos. Ciertamente que no está concedido á todos el saber hacer esto. Pero ya que no puede excusarse el que la naturaleza , y la práctica del mundo dexen de poner en movimiento este tal apetito , será mas conveniente que el hombre prudente , y sabio presente con tiempo á los jóvenes alguna idea del mencionado apetito , imprimiéndoles con algun horror aquello mismo que con gusto , y sin correctivo alguno pueden aprender en las lecciones primeras del mundo perverso. Son efectivamente tantos los desórdenes , los errores , las locuras , y miserias á que conduce , y guía este apetito quando la razon no le refrena , ni contiene , y no lo endereza á aquel fin honesto para que Dios nos lo ha dado , que seria , ó por lo menos deberia ser una gran ventaja para todo hombre juicioso el conocerlo antes de experimentarlo. De este apetito nacen la luxuria , la impudicia , la impureza , nombres distintos , pero que significan una misma cosa ; esto es , un vicio abominable , y bestial , contra el qual suelen declamar directa , y francamente los Sagrados Oradores ; pero con juiciosa cautela , de manera , que condenan sus excesos sin enseñarlos , y hacen ver su abominable fealdad , sin ofender los oidos del auditorio puro , y casto. Por tanto , luego que los jóvenes han tocado en cierta edad , en

la que puede creerse que se despierten , ó se aprendan ciertas malicias , será conveniente , y á las veces necesario el proponerles con frecuencia el amor á la pureza , y modestia , y hacerles ver el peligro que se halla en las conversaciones amorosas entre personas de diverso sexó , y los efectos ridículos , y deplorables que de aquí se siguen: de manera , que sepan con tiempo que este apetito , ó instinto natural , bien que sea agradable á primera vista , puede por esta misma razon ser un enemigo cruel , y un fiero traidor , quando no se contiene dentro de las reglas de la moral christiana , la qual vá en esto acorde con las de la recta razon. Felices aquellos jóvenes , que con tiempo se arman de rigurosa animosidad para mantenerse puros , y castos , sin dexarse llevar de los consejos , y desenfreno de otros , y sin tomar exemplo de los malos , y locos , semejantes sin duda á las bestias insensatas ; antes bien siguen las huellas de otros muchos de su misma edad , y condicion , que guardan sabiamente las reglas de la pureza , y castidad , por la qual se hacen semejantes á los Angeles del Señor ; pero de esto volveremos á tratar despues.

CAPÍTULO XV.

Del apetito de la libertad dividido en dos , esto es , en deseo de independencia , y deseo de superioridad.

§. I.

EL tercero de los poderosísimos apetitos del hombre es el de la *libertad* , ó *facultad de obrar cada uno á su modo* : este lo divido aun en otros dos , en *deseo de independencia* , esto es , de no estar sujeto á otro hombre , y en *deseo de superioridad* , quiero decir , de mandar á los otros. El apetito de la conservacion de la especie , de que hemos hablado poco antes , trae su origen de la par-

te material del hombre, y humores, esto es, de la composición de nuestro cuerpo, y juntamente de la fantasía, y no es desemejante al de las bestias irracionales; y consiguientemente tiene mucho en sí de lo animal, y bestial, y puede llamarse baxo, y vil, comparándolo con el de la libertad de obrar á su modo, el qual proviene todo del alma, y la reconoce por su principio, y habitacion propia; como tambien reconoce por padre aquel general, y primitivo apetito, que llamamos amor propio. Este amor, de que no podemos menos de hablar frecuentemente, porque al fin él es el motor, y principal causa de todos los movimientos, ó buenos, ó malos de nuestra alma: este amor, digo, es aquel que inspira en nosotros el deseo de no ser dominados, ó sujetos, y de dominar, ó mandar á los otros; porque por una parte el gran deseo que todos tenemos de llegar á gozar la felicidad, y por otra el figurársenos que no podremos facilmente conseguirla mientras estemos sujetos á otros, pero sí quando otros nos esten sujetos para poder hacer, y lograr todo lo que queramos: estos dos motivos se unen, y acuerdan para solicitar, y excitar nuestra alma á fin de que consiga la quietud, el reposo, y el estado de felicidad que deseá. Este apetito no es menos natural, é innato en el hombre, que quanto hasta aquí hemos referido; pues vemos que es universal en qualquiera de nosotros, y en todos comienza á dexarse conocer, aun desde la más tierna edad. A la verdad podria decirse, que la idea de servir, ó mandar, de ser súbdito, ó superior, no es una idea innata en el hombre; porque en los niños no puede suponerse, y que por tanto vá poco á poco despertándose, y produciéndose en nosotros por aquellas observaciones, y reflexiones que hacemos. Pero del mismo modo se podría pretender que la razon, y el apetito de la felicidad, y del bien no fuese en nosotros innato, ó inspirado por la naturaleza; porque el explicarse la razon en nosotros, se hace tambien poco á poco, y los niños que maman, no conocen, ni lle-

llegan á comprehender qué cosa sea la felicidad. ¿Y qué sacamos de esto? Cierto es que la naturaleza no dá fuerzas al instante á un niño recién nacido para caminar solo: ¿y por esto se podrá decir que no ha nacido con él la potencia de caminar? Lo mismo sucede en los apetitos. Es cierto, que no aparecen sensiblemente, y con vigor suficiente luego que el hombre nace: pero con todo, al punto que el alma comienza á aprehender las ideas de las cosas, se vá descubriendo sin maestro alguno, y aun sin que nosotros lo advirtamos, aquella inclinacion, y apetito, el qual siendo innato en nosotros mismos, estaba como escondido, y durmiendo. En efecto observamos en los mismos niños (que apenas han salido á la luz) un cierto vislumbre de esta verdad, aborrecen las faxas, que les quitan la libertad, estrechándolos, y comprimiéndolos; y del mismo modo no bien empiezan á andarse solos, y á distinguir la moneda de los Lupinos, ú otra fruta, quando ya querrian la libertad en todos sus pasos, y para todos sus apetitos; y esto es lo que en este particular puede observar cada uno por sí mismo, sin que yo me fatigue en probarlo, y demostrarlo.

§. II.

Todos habrán observado, que en este discurso no incluyo á nuestro Amo, y Señor el Altísimo Dios, y que hablo solamente del hombre con el hombre. Ello es imposible que haya alguna criatura que no esté sujeta á Dios, ni el mismo Señor podria hacer que no tuviesen los hombres esta sujecion. Bien puede formarse en nuestra loca fantasía un apetito, ó deseo de algun imposible; pero este ni nos lo inspira la naturaleza, ni la Divina Sabiduria. Hállanse tambien hombres, que sumergidos, y perdidos en los vicios, no quisieran tener á Dios sobre sí, ni que los mandase, ni castigase. ¿Pero quién no vé que estos deseos, tan impios, como necios, no proceden de la naturaleza, sino únicamente de

su ciego entendimiento, y voluntad corrompida, y depravada, de la que tambien proceden otros muchos apetitos desordenados, y acciones perversas? Añádase á esto, que si nuestro amor nada otra cosa busca que la felicidad, y vida bienaventurada, enseñandonos la razon, y la fe, que esta absolutamente no podemos esperarla de otra parte, que de nuestro gran Dios, amándole, obediéndole, y sirviéndole, siendo ciertamente muy verdadero aquel proverbio que dice, *que el servir á Dios es verdaderamente reynar*: por tanto, el apetito de tener á Dios por superior, es muy propio, y aun necesario en el hombre, y corresponde en todo al amor que nos tenemos á nosotros mismos. Otro tanto proporcionalmente digo de la sujecion que debemos tener á las Leyes del mismo Dios, ó de la naturaleza, y á otras que han inventado los hombres, porque siendo todas estas dispuestas, y ordenadas para el mayor bien del hombre mismo, y para hacerle feliz, ó conservarle en la felicidad, sería irracional qualquier criatura, que dotada de razon desease, y apeteciese no estar sujeta á estas mismas leyes, porque su apetito, y deseo militaria entonces contra su propia inclinacion, y sería contrario á su verdadera felicidad. Pero hablando del hombre respecto á los otros hombres, pasa este negocio diversamente. Todo hombre, atendidas las leyes de la naturaleza, es independiente de otro hombre, y tiene un pleno dominio de sí mismo, y una libertad de querer, y obrar todo aquello que juzga mas conveniente para su propia felicidad. Nosotros, digo, nacemos todos iguales; y así como yo, considerado solamente como hombre, y en el estado de la naturaleza, no puedo decir con verdad que tengo un cuerpo, un entendimiento, y otras facultades, que no tengan tambien los otros hombres; de la misma manera, no puedo atribuirme algun privilegio, algun derecho, ó dominio sobre mis iguales, y mutuamente no pueden los demas atribuirse algun dominio sobre mí. Esta libertad, é independencia es un don precioso

cioso que nos ha hecho Dios en nuestra primera creacion, consistiendo su preciosidad en que de algun modo nos hace semejantes al mismo Dios, infinitamente libre, é independiente; y si viviendo entre los otros hombres logramos la posesion de este don tan precioso, lo amamos, y estimamos mucho, y si no lo tenemos, nos impele la naturaleza á desearlo, y tenerlo. Ahora bien, cada uno confiesa, que el libre albedrío de nuestra voluntad, no obstante que tan facilmente abusemos de él con daño nuestro, y contra la intencion del Señor, que nos lo ha dado, y nos lo conserva, con todo, es un precioso regalo, y privilegio concedido á nuestra naturaleza por el mismo Señor que la ha criado. Por la misma razon debemos reputar por un don de Dios, y apetito, que procede del mismo Señor, aquella inclinacion á la independencia, que sentimos todos en nosotros mismos, porque este es como un efecto, y una consecuencia de aquel libre albedrío que el Señor nos ha dado: y aun esto puede hacernos comprehender lo que sabemos por la divina revelacion, esto es, que el hombre en el estado de la inocencia fué liberalísimamente enriquecido por su Criador con singularísimos dones, entre los quales debe contarse la independencia que hay de un hombre á otro hombre; por lo que se trasluce, que habiendo descaecido por la culpa del primer hombre todas sus potencias, y facultades, y aun las de todos sus descendientes, y privados todos, ó casi todos de tan singular privilegio, lo andamos siempre buscando, y deseando con ansia, como una cosa perdida, y como un estado, en el qual fuimos criados desde nuestro primer principio.

§. III.

DE aquí, pues, nace aquel deseo comun, que todos tenemos, de la libertad, y aquel aborrecimiento á todo género de sujecion, ó esclavitud, y es bien clara

la razon ; porque la esclavitud priva al hombre , y le despoja del uso del libre albedrío , y le fuerza , y necesita á obrar lo que no quisiera : y esto verdaderamente es , ó se reputa por infelicidad , y miseria : ni queda aquí esta nuestra aversion natural á la servidumbre , y esclavitud : aun en aquella , que entre todas las especies de servidumbre es la mas ligera , como es la que sufren los criados , los súbditos , los cortesanos con sus amos , y Príncipes , los soldados con sus Comandantes , y Capitanes ; aun esta , digo , hace que muchas veces , ó tácita , ó abiertamente , se resienta , y se queje el hombre al ver que depende de otros su voluntad , siendo esta potencia demasiado delicada , y zelosa de querer aquello que le agrada , y no aquello que contra su propia satisfaccion , agrada solamente á los superiores. Por tanto , aunque una sola ojeada , que demos al mundo nos haga ver , que casi todo el género humano (bien que para beneficio suyo , como diremos mas abaxo) se halla subordinado , y sujeto el uno al otro ; esto es , á los Reyes , y Príncipes , á los Magistrados , á los padres , á los ricos señores , y á otros amos semejantes ; de manera , que este nuestro pequeño mundo todo está dividido en varias órdenes , unos que mandan , y otros que obedecen ; con todo eso no dexa de ser poderoso en cada uno de nosotros el deseo , y la ansia de la independencía. Debe aquí considerarse atentamente , que los principios que han introducido en el mundo la superioridad , y el imperio , la sujecion , y obediencia de un hombre á otro hombre , son estos dos la fuerza , ó la necesidad : estos son los que han introducido la sujecion , y obediencia , estos la mantienen todavía , y deben mantenerla. La naturaleza por sí misma á todos nos iguala. Por lo que mira á la fuerza , si un tirano , un conquistador , un corsario sujetase hombres , y Reynos , sucede esto ciertamente contra la voluntad de los otros ; y bien que el pueblo conquistado , y sujeto , ó el hombre puesto en esclavitud sirva , y obedezca á su nuevo señor , con todo bullirán en su corazon continuos de-

deseos de su libertad , ó de pasar á otro amo si no está contento con el primero. Por lo que mira á la necesidad , debemos decir , que quando la libertad , y la independencía en vez de llevar al hombre á la felicidad , lo llevasen á la miseria , y al trabajo , cada uno advierte , que entonces será para él lo mejor , y mas conveniente el buscar en la servidumbre , y en la obediencia á otros , aquel bien que no ha podido encontrar por sí mismo. Esta necesidad le mueve á aceptar voluntariamente la superioridad de otro hombre , á elegirla , y tal vez buscarla con tanto deseo , y ansia , como otros , ó él mismo buscaria ; y apeteceria la libertad , é independencía en otras circunstancias. De aquí sin duda traen su origen los mas de los Reyes de la tierra ; porque los hombres desunidos entre sí , y discordes , y por tanto infelices , se unieron , y acordaron para elegir por su cabeza , y Príncipe un hombre solo , ó varios Magistrados , sujetando su voluntad propia á la de aquel , ó de aquellos , deseando en esto lograr un mayor bien , persuadiéndose que esto sería un menor mal : y no hay duda que quando el hombre , que tanto ama la libertad , y la independencía , se sujeta voluntariamente al imperio , y dominacion de otro hombre , le induce á esto el deseo , y la esperanza de sus mayores ventajas , esto es , ó de librarse de la miseria , que actualmente le aflige , ó de estar mejor que antes. El apetito de la independencía cede en este caso al otro primario , mas universal , y poderoso que es el de la propia felicidad , que como ya diximos , se halla en todos nosotros. Pero aun quando en este caso ceda á este otro apetito mas universal , no por eso cesa , ó se acaba en el hombre aquel primero ; porque al mismo tiempo que se halla el hombre siervo , ó súbdito , sacudiria de buena gana el yugo de la servidumbre , y tomaria con gusto la dulce prenda de su libertad , siempre que siendo libre se prometiese aquel bien y felicidad que juzga tener en la servidumbre actual : y tanto mas crecerá en él , y será mas estimable el deseo de la libertad,

tad, quanto con la experiencia vaya conociendo que es un pequeño bien (si no la tiene por infelicidad) el haber sujetado, y ligado su voluntad propia á un amo, acaso ingrato, indiscreto, é incapaz de dar el menor contento á sus propios criados. No hay amo mejor, ni mas digno de ser bien servido, que nuestro buen Dios, el qual cuida, y asiste amorosamente á sus siervos, y criados en todas las ocasiones, horas, y tiempos; y solamente sirviendo á un tal Señor puede esperarse, y conseguirse la total felicidad: pero los amos entre los hombres, ó no son como los quisieran sus criados, ó si lo son, no lo son siempre, y por siempre.

§. IV.

DEbemos observar, que el mismo Dios, mirando nuestra propia necesidad, ha puesto sobre la tierra Superiores, llamados espirituales, para que con su gobierno, y trabajo se apliquen á ayudar al Pueblo á ellos encomendado, á fin de que camine por las derechas sendas de la virtud, y pueda conquistar aquella grande, é indecible Bienaventuranza, que promete en su Reyno á quien en la carrera breve de esta vida observase fielmente sus Santas Leyes. Ademas, el mismo Señor aprueba la institucion de las terrenas potestades, y nos manda obedecerlas, y honrarlas, porque las ha puesto para el bien, y provecho de sus súbditos. Esta es la intencion de Dios, como tambien la de los Pueblos, que estan sujetos, ó á Reyes, ó á Príncipes, ó á Magistrados; y pobres de nosotros, quan infelices seriamos si no hubiese esta subordinacion de entendimientos, y voluntades! Sin duda que el mundo seria en breve un emporio de iniquidad, y un pais de prepotencia, y confusion. En efecto, siempre que estas potestades, ó espirituales, ó temporales, cumplen honradamente con la intencion amorosa de Dios, y con aquella de quien en la tierra les confia las riendas del gobierno, procurando para sus súbditos aquella felicidad que ellos mismos, aun siendo libres, no sabrian ad-
qui-

quirirse: entonces nuestro apetito, aunque inclinado á la independenciam, suele acomodarse de muy buena gana á la sujecion, y obediencia, y debe dar gracias por este beneficio á la Bondad Divina. Pero demos el caso que estos Superiores falten á su obligacion, y arrebatados de su ciego amor propio, obren no ya como Ministros de Dios, y Procuradores del bien comun, mas únicamente como hombres que solo buscan su propia conveniencia, y no la felicidad pública: entonces convendrá que cada particular se abraçe, y arme de paciencia, por no pertenecer, ni tocar á persona alguna privada el romper, y mudar las órdenes de Dios, ó del Comun. *Príncipes bonos exoptare: qualescumque tolerare.* El Príncipe, dice un Sabio, *debemos desear que sea bueno; pero de qualquier modo que sea, debemos sufrirlo, y tolerarle con humilde fidelidad.* Pero al mismo tiempo no podremos impedir que no saque la cabeza, y se dexé ver aquel deseo natural de no tener sobre sí á quien cuida tan poco del bien público, y hace traición á la intencion de quien lo ha puesto, y constituido, no ya Señor despótico de la vida, hacienda y voluntad de sus súbditos, sino solamente Ministro, y como un negociante de su felicidad. En suma, el deseo de ser felices, y bienaventurados, el qual es principio de todos nuestros movimientos, y el que á nuestro modo de entender se distingue del amor propio, bien que sea una misma cosa con él, este, digo, nos incita á todos á desear la independenciam en la misma manera que cada uno de nosotros suspira, y desea con ansia el no tener necesidad de otro hombre. Pero si la necesidad, ó la fuerza, mas poderosas que este apetito, nos obligan á servir, y depender de otro, nos sujetamos á ello, ó porque no podemos menos, ó porque juzgamos que hallamos nuestro bien en la servidumbre, y sujecion; pero nunca podremos conseguir que se desaloje del todo de nuestro corazón el deseo de la libertad, que puso en él la misma naturaleza, y aun sirviendo, y obedeciendo lo conserva.

§. V.

NO basta, pues, á nuestro amor propio el librarse en quanto puede de estar sujeto á otros. Aspirá á mas; esto es, á sujetar á otros; y esta es la otra parte que incluye en sí el apetito de la superioridad. No faltarian acaso razones á quien pretendiese defender que no nace con nosotros mismos esta poderosa inclinacion de mandar, y ser señores de otros, sino que dicha inclinacion se va descubriendo poco á poco, y se aumenta, y crece por la reflexion, y consideracion de las cosas, aprendiendo nosotros facilmente á conocer, que es mas dulce, y gustoso el mandar, que el ser mandado. Con todo esto creo, y tengo por mas seguro el afirmar que este impulso nos viene junto con la naturaleza misma, y que siguiendo los movimientos de ella, cada hombre saca esta inclinacion desde el vientre de su madre, sin maestros que se la enseñen; porque á la verdad, de aquel mismo principio de donde nace el primer objeto de este apetito, que es el de no estar sujeto un hombre á otro, nace tambien necesariamente este segundo de mandar á otros; siendo libre nuestra voluntad, segun las Leyes del Criador de todas las cosas, que formó al hombre de la nada; y aborreciendo, y malsufriendo nosotros todo lo que se opone á nuestro querer, é intenta despojarnos de aquella libertad, que es una nobilísima prenda de la naturaleza humana, la qual, ó se disminuye, ó se pierde quanto un hombre sirve, ó está sujeto á otro hombre: por tanto, deseamos siempre conservar intacto este derecho, y no tener sobre nosotros quien nos obligue á sacrificarlo á su propia voluntad, y gusto. De la misma manera, reconociendo nosotros sin mucho trabajo, quan fácilmente se cumplen nuestra voluntad, y gustos, siempre que otros hombres, obediéndonos prontamente hagan quanto queremos, y les mandamos: por tanto, sin necesidad de maestro, que nos lo enseñe, tenemos dentro de nosotros mismos quien

nos

nos mueva, é incite á mandar á otros hombres. Júntase á esta otra razon muy poderosa, y es que (como luego veremos) el apetito del honor, y de la alabanza nace con nosotros mismos. Ahora bien, quando mandamos á otros, y los tenemos obedientes, y sujetos, al punto concebimos que somos algo mas que ellos, ni pueden estos darnos señales mas claras de que nos honran, y estiman, que quando executan lo que se les manda. Ello es cosa graciosa el ver como aun hasta los niños, si pueden llegar á tener alguna superioridad sobre sus coetaneos, se alegran, y se engrien, sintiendo en sí mismos, y gustando aquella dulzura, que trae consigo el ejercer la autoridad, y dominio sobre los otros; porque naturalmente agrada á todos el hacer de superior, ó cabeza, poco, ó mucho.

§. VI.

Quanto mas se va creciendo en edad, tanto se hace sentir mas poderoso en el corazon humano este apetito: de manera, que se hallan pocos (sino que sea por una gran virtud, ó por grande insensatez), los quales siendo súbditos no quisiesen mas bien ver que les obedecian los que ahora les mandan, y no exercitasen mas prontamente el gustoso oficio de mandar, que el otro, muchas veces molesto, de obedecer: de donde se infiere, que la naturaleza á mi ver es la maestra, y la que inspira este apetito, el qual es comun á todos los hombres, y se extiende á todos los paises, ni juzgo que alguno necesite de ir á la escuela para aprenderlo; porque todo aquello que con un consentimiento universal se halla en todos los hombres, en todos los tiempos, y en todas las regiones de la tierra, es preciso que nazca de la naturaleza misma. Debemos, no obstante, confesar, que regulando mal la mayor parte de los hombres estas poderosísimas inclinaciones de no ser súbditos, y de dar la ley mandando á otros, nacen, y se originan infi-

finitos desórdenes, y males morales en el mundo, por los quales no solamente los particulares, mas tambien los Pueblos, y Reynos enteros quedan muchas veces envueltos en miserias increíbles, de tal manera, que acaso ninguno de los apetitos humanos, segun nos lo enseña la experiencia, se hallará mas pernicioso, y mas fecundo de desgracias que este. Y pluguiera Dios que no lo experimentase en esta era la mayor parte de la Europa, descompuesta, é inquieta por tantas guerras, cuya memoria despierta la melancolía en quien solamente oye el rumor, quanto mas en quien padece tanta calamidad.

CAPITULO XVI.

Del apetito del placer, de lo verdadero, y de lo hermoso.

§. I.

DExamos ya dicho que el placer es el distintivo del bien, ó por lo menos una de sus mas principales propiedades: por lo que, habiendo ya tratado del bien parece que no deberíamos tratar ahora del placer; con todo, usándose en los idiomas que conocemos estos términos distintos, pareciéndonos que representan ideas de diversos objetos, y que entre ellos se encuentra aquella diversidad, y diferencia que hay entre los efectos, y las causas, por tanto, séame lícito el hablar de ellos con distincion. Ni es necesario el acordarnos aquí segunda vez, que nosotros por instinto de la naturaleza apetece- mos continuamente lo que nos da placer, y gusto; pero sí debemos repetir que los placeres son de dos maneras, unos del cuerpo, y otros del alma. Por placeres del cuerpo entendemos aquellos deleytes que se producen en nosotros por medio de los sentidos, esto es, del gusto, del tacto, de la vista, del oído, y del olfato; y por placeres del alma, ó espirituales entendemos aque-
llos

llos que despiertan en nosotros la reflexión, y consideracion de tres nobilísimas fachadas, ó perspectivas que pueden presentarse á nuestro entendimiento, y voluntad, esto es, de lo verdadero; de lo bueno, y de lo hermoso. Los menos advertidos, y poco doctos no entenderán acaso lo que quiero decir en estas últimas palabras; pero si me acompañan, verán que por la experiencia saben ellos, y prueban lo que he propuesto, siendo su maestra la misma naturaleza.

§. II.

EN quanto á los placeres, ó deleytes corporales, aunque les demos este nombre, con todo, es cosa cierta que son placeres, ó deleytes del alma; y en tanto se llaman corporeos, en quanto el cuerpo experimenta su movimiento; pero el sentir la delectacion que ocasionan, propiamente pertenece al alma. Este gusto, como tambien el disgusto, puede causarse en el alma sin que el entendimiento discorra, y reflexione sobre estas cosas poco, ni mucho. Así como la leche da gusto, y placer al infante sin que él sepa el por que, ó la causa de este deleyte, y al contrario, un licor amargo le causaria disgusto: del mismo modo, á todo hombre le deleyta, y agrada este determinado licor, y este determinado manjar; y por el contrario le son desagradables los otros. Esta sensacion agradable, ó desapacible trae su origen de las leyes de la naturaleza, y de la composicion, ó configuracion de los cuerpos, y de los nervios de nuestra lengua, y paladar; y aun el mas ignorante puede, y sabe decir con presteza: esto me agrada, ó desagrada. Esta misma naturaleza, sin que ninguno la enseñe, mueve de una parte la voluntad, ó sea el apetito, ácia todas aquellas cosas sensibles en que halla gusto, ó deleyte; y de la otra parte despierta en nosotros un apetito contrario para huir aquellos objetos sensibles, que nos son disgustosos, ó desagradables. Un hombre criado en un
bos-